

## LA PAZ DE CREER

(Domingo de la Trinidad)

Parochial and Plain Sermons Vol 6, 25

Predicado el 26 de mayo de 1839 en St. Mary de Oxford

### COMENTARIO

Newman nos ha dejado varios sermones sobre la Santísima Trinidad, predicados en el día de Su fiesta litúrgica, el domingo siguiente a Pentecostés. En la liturgia de su tiempo, los domingos siguientes que nosotros llamamos “Tiempo durante el año” y que se extiende hasta el Adviento, se llamaban domingos después de Trinidad. Traduciremos este año Jubilar en el que el Santo Padre quiere que contemplemos especialmente el misterio de Dios, Uno y Trino, algunos de estos sermones. Newman, que fue sin duda teólogo de la economía divina de salvación para con los hombres, y que dedicó muchas páginas a desarrollar las “dispensaciones” divinas, como las llamaba siguiendo a los Padres, sin embargo fue también, como los Padres, teólogo de la Trinidad de Dios considerada en sí misma. Es decir no sólo en su acción creadora y salvífica, es decir en cuanto a nosotros, sino contemplando el misterio mismo de ese Dios que es Amor, que se nos revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Su actitud tiene relevancia toda vez que actualmente la insistencia parece ponerse en la dimensión económica, muchas veces de manera exclusiva. Newman insiste en la necesidad de “descansar” en la contemplación del misterio de Dios aún al margen de su creación y de su obra redentora, para hacer más viva la realidad de Su ser y desde ahí mostrar la maravilla a que estamos llamados, esa “paz” que es el tema del sermón. Sin entrar en consideraciones que no son propias de esta breve introducción, cabe preguntarse si mucha teología actual no causa más desazón e inquietud que paz en la fe, cuando se convierte en mera antropología, cuando se pretende encerrar el misterio de Dios en algún encuadre que pueda abarcarlo, cuando se defiende su inmanencia a costa de su trascendencia, su amor hacia la creatura a costa de su libertad. Newman, en esto como en muchos otros asuntos en los que interviene nuestra razón y nuestra fe, nuestra mente y nuestro corazón, nos cura de falsas antinomias, de opciones simplificadoras, y nos eleva en sus sermones para alegrarnos son sencillez en la consideración de los misterios revelados.

Respecto de la Santísima Trinidad vale recordar que en la *Apologia* habla del gran misterio de Dios como habiéndolo integrado a su fe religiosa a los 16 años, gracias a los escritos de Thomas Scott (1747-1821), clérigo anglicano de corte calvinista, autor del, por entonces, muy difundido *Comentario sobre la Biblia*. Newman cuenta esta historia de juventud así:

“...(es) el autor que mayor impresión causó en mí, al que (humanamente hablando) casi debo mi alma. Se trata de Thomas Scott, de Aston Sandford. Tanto le admiraba y me complacía en sus escritos que, estando en la Universidad, pensé hacerle una visita en su parroquia para ver la persona a quien veneraba tan profundamente. Creo que nunca abandoné la idea de este viaje, ni siquiera después de graduarme; así que la noticia de su muerte en 1821 no fue para mí sólo un dolor sino también una desilusión...Lo que más llamará la atención de quien se acerque a la vida de Scott y sus escritos, es su rotunda ausencia de mundanidad y su

vigorosa independencia intelectual. Persiguió la Verdad hasta donde quiso llevarle, empezando en el unitarismo y terminando en una celosa fe en la Trinidad Santa. Fue él quien primero plantó en mi mente esa fundamental verdad de la religión. Con ayuda de los *Ensayos* de Scott y la admirable obra de Jones de Nayland, compuse antes de los diez y seis años una colección de textos de la escritura en apoyo de esta doctrina, con observaciones, pienso, de mi propia cosecha. Y pocos meses después copié otra serie de textos en defensa de cada uno de los versículos del Credo Atanasiano. Aún conservo esos papeles.” (Apo 32; versión castellana de J,Morales)

Este conocimiento sería desarrollado de manera metódica en su libro sobre los *Arrianos del siglo IV*, donde analiza las polémicas trinitarias y cristológicas previas a Nicea, con una erudición poco habitual.

## SERMÓN

*Y se gritaban el uno al otro: “Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos” (Isaías 6,3)*

Cada día del Señor es día de descanso, pero este lo es quizás más que ninguno. En él no se conmemora una acción de Dios benévola y gloriosa, sino sus propias perfecciones inexpresables y su adorable misteridad. Es un día especialmente consagrado a la paz. Nuestro Señor dejó su paz con nosotros cuando se fue: “La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo” (Jn 14,27). Y dijo que enviaría un Consolador que les daría la paz. La semana pasada hemos conmemorado la venida de ese Consolador, y hoy conmemoramos de un modo especial el don que trajo consigo en esa gran doctrina que es su emblema y su significado. “Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación” (Jn 16,33). Cristo dice aquí que a pesar de las turbaciones del mundo El da a sus discípulos la paz. De acuerdo con eso hoy rezamos en la Oración Colecta que debemos mantenernos en la fe de la Eterna Trinidad en la Unidad y defendidos de toda adversidad, pues al guardar esa fe somos guardados de la tribulación.

De aquí que también en la bendición que Moisés pide a los sacerdotes que pronuncien sobre los hijos de Israel, el nombre de Dios se pronuncia tres veces, en orden a bendecirlos y guardarlos, a hacer brillar sobre ellos Su rostro y a darles la paz. Y por ello también, en nuestra forma solemne de bendición con la que terminamos la celebración, impartimos a la gente “la paz de Dios que excede todo entendimiento”, y “la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

Dios es el Dios de la paz, y al darnos la paz no hace sino darse a Sí mismo, manifestarse a nosotros, pues Su presencia es paz. De aquí que nuestro Señor, en el mismo discurso en el que prometió a sus discípulos la paz, prometió también que El vendría y se manifestaría a ellos, que El y Su Padre vendrían y harían en ellos su morada (Jn 16, 21,23). La paz es su estado eterno. En este mundo de espacio y tiempo ha trabajado y actuado, pero no fue así desde toda la eternidad. Trabajó durante seis días y luego descansó de acuerdo a ese descanso que era su estado eterno, aunque no en el sentido de “trabajar hasta aquí”, pues no descansó en su misericordia y en el juicio hacia ese mundo que había creado. Y más especialmente, cuando envió a Su Hijo Unigénito al mundo, y ese Hijo benevolente y lleno de compasión, nuestro Señor, condescendió a llegar a nosotros, El y Su Padre juntos obraron con mano poderosa

concediéndonos al Espíritu Santo, el Consolador, que también obró magníficamente hasta ahora.

Ciertamente toda la economía de la redención es una serie de obras grandes y continuas, pero aún así todas ellas tienden al reposo y la paz, como en el principio. Comenzaron desde el descanso y terminan en él. Culminan en ese estado eterno del cual salieron. El Hijo estaba desde toda la eternidad en el seno del Padre como Su amado y unigénito. El lo amaba antes de la fundación del mundo. Tenía la gloria con El antes que el mundo fuera. Estaba en el Padre y el Padre en El. Nadie conocía al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo. “En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios” (Jn 1,1). El era “el resplandor de la Gloria de Dios y la imagen de su Persona”, y en esta inexpresable unidad del Padre y del Hijo, estaba también el Espíritu, al ser el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo, el Espíritu de ambos a la vez, no separado de ellos, aunque distinto, de modo que fueran Tres Personas, Un solo Dios, desde toda la eternidad.

Así fue, se nos dice, desde toda la eternidad, antes que fueran hechos los cielos y la tierra, antes que el hombre cayera o los ángeles se rebelaran, antes que los hijos de Dios fueran formados en la mañana de la creación, antes que los serafines taparan sus rostros ante El y clamaran “Santo”. Existía sin ministros, sin servidores, sin corte ni reino, sin manifestar la gloria, sin nada excepto El mismo, El es su propio templo, El su mismo infinito descanso, El su propia gloria, desde toda la eternidad. ¡Oh maravilloso misterio! ¡Qué profundidad la de Su majestad! ¡Qué profundas las cosas que el Espíritu solo conoce! ¡Qué magnífico y extraño a las creaturas que serpean sobre esta tierra, como nosotros, que El, el Todopoderoso, el Omnisciente, El Bien Supremo, el Glorioso, haya habitado por una eternidad, por años sin fin, o mejor, aparte del tiempo que no es sino una de sus creaturas, que haya habitado sin aquellos a través de los cuales podía ser poderoso, en quienes podía ser sabio, hacia quienes podía ser bueno, por quienes podía ser glorificado! ¡Qué maravilla que todos sus atributos profundos e infinitos hayan estado sin manifestarse! ¡Qué pensamiento magnífico! ¡Y qué pensamiento consolador para nosotros, gusanos de la tierra, que tan a menudo sentimos en nosotros y vemos en otros, dones que no han sido ejercidos y poderes que están en quietud!

El, el Todopoderoso Dios, descansó desde toda la eternidad y no obró, y ¿por qué *no* descansar, tan bueno como es, viendo que Era tan bendito en Sí mismo? ¿Por qué debía *El* buscar objetos externos para conocer, para amar y para comunicarse, si era autosuficiente? ¿Cómo podía necesitar amigos como si fuera un hombre, si no estaba solo, si había tenido siempre a Su Verbo Unigénito en quien se complacía y a quien amaba inefablemente, y al Espíritu Eterno, el mismo lazo de amor y paz, morando en y siendo morada del Padre y del Hijo? Más aún, ¿cómo es que empezó alguna vez a crear, el que tenía un Hijo sin principio ni imperfección, a quien podía amar como amor perfecto? ¡Qué exuberancia que excede toda bondad fue la que tuvo para que se dignara al fin rodearse con la creación, El, que no necesitaba nada, y cambiar Su silencio eterno por el curso de la Providencia y el conflicto del bien y el mal! Y no digo nada de las apostasías contra El, de las rebeliones y blasfemias que los hombres y los demonios han cometido. No digo nada de esa indecible zona de aflicción, la prisión de los impenitentes, que durará por toda la eternidad, coetánea en lo sucesivo con El mismo, como en rivalidad a Su gloria celestial. No digo nada de esto, pues Dios no puede ser tocado por el mal, y todos los pecados de aquellas almas réprobas no pueden dañar Su felicidad eterna.

Pregunto, ¿cómo fue que El, que no necesitaba nada, que era todo en todo, que tenía infinita igualdad con el Hijo y el Espíritu, que eran Uno con El, cómo fue que creó a Sus santos, sino desde el simple amor por ellos desde siempre? ¿Por qué debía hacer al hombre a imagen de Dios, cuya imagen era ya el Hijo perfectísimo, exactísimo, sin variación, sin defecto, por una propiedad natural y unidad de substancia? Y cuando el hombre cayó, ¿por

qué no abandonó o aniquiló a toda la raza, creando otras? ¿Porqué fue tan lejos como para comenzar una nueva y más maravillosa dispensación hacia nosotros, y así como había obrado maravillosamente en la providencia, también en la gracia, enviando aún a Su Hijo eterno para tomar sobre Sí nuestra naturaleza caída, purificarla y renovarla por Su unión con ella, y que, infinita como era Su propia beatitud, y la perfección del Hijo, y la inutilidad del hombre, aún así, en Su amable bondad, determinara que ese hombre inútil pudiera ser partícipe de la perfección del Hijo y de Su propia beatitud?

Y así fue que así como El hizo al hombre en un principio, lo redimió también, y la historia de esta redención la hemos estado siguiendo durante los últimos seis meses en nuestras celebraciones. Hemos traído a la memoria todo el curso de esa dispensación de activas providencias que Dios, en orden a nuestra redención, sobreañadió a Su descanso eterno e infinito. Primero, conmemoramos la aproximación de Cristo en las semanas del Adviento; luego Su nacimiento de la Virgen María, después de una milagrosa concepción, en Navidad; luego Su circuncisión, Su manifestación a los magos, Su bautismo y el comienzo de los milagros, Su presentación en el templo; Su ayuno y tentación en el desierto, en Cuaresma; Su agonía en el huerto; La traición, las mofas y la flagelación; Su cruz y pasión, Su entierro, Su resurrección, Sus cuarenta días conversando con sus discípulos; luego Su Ascensión, y por último la venida del Espíritu Santo en su lugar, para permanecer con la Iglesia hasta el fin, hasta el fin del mundo, pues así de larga es la permanencia del Consolador Todopoderoso con nosotros.

Y por eso, al conmemorar el oficio lleno de gracia del Espíritu durante la semana pasada, hemos sido llevados en nuestra serie de representaciones al final de todas las cosas. Y ahora, ¿qué queda sino conmemorar lo que seguirá después del fin?, es decir, el retorno del reinado eterno de Dios, la infinita paz y la perfecta gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, difiriendo ciertamente de lo que fue una vez por los frutos de la creación y de la redención, pero no en cuanto a la suprema beatitud, el inefable mutuo amor, el abismo de santidad en los que moran las Tres Personas de la Eterna Trinidad. El es, pues, el tema de la celebración de este día, el Dios de amor, de santidad, de beatitud, en cuya presencia están la plenitud del gozo y del placer por siempre, quien es lo que siempre fue y nos ha traído a nosotros, pecadores, hacia aquello que El siempre fue. No le dio el ser a la paz y al amor como parte de Su creación, sino que El mismo era la paz y el amor desde la eternidad, y los bendijo al hacernos partícipes suyos, a través del Hijo, por el Espíritu, y actuó de tal modo en sus dispensaciones temporales que nos trajo hacia aquello que ese eterno.

De aquí que en la Escritura, las promesas de eternidad y seguridad vayan juntas, pues donde no hay tiempo tampoco hay vicisitudes. “El Dios eterno es tu refugio”, dice Moisés antes de su muerte, “y estás debajo de los brazos eternos. El expulsa ante ti al enemigo, y dice: ¡Destruyelos! Israel mora seguro” (Dt 33,27-28). Y también dice: “Lo guardarás en perfecta paz, en ánimo firme, porque en Tí confió. Confiad en Yahveh por siempre jamás, porque en Yahveh tenéis una roca eterna” (Is 26, 3-4). Y también: “Así dice el Excelso y Sublime, el que mora eternamente y cuyo nombre es santo. ‘En lo excelso y sagrado Yo moro, y estoy también con el humillado y el abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el corazón de los humillados...poniendo alabanza en sus labios: ¡Paz, Paz al de lejos y al de cerca” (Is 57, 15,19). Y del mismo modo, de nuestro Señor y Salvador está profetizado que será “el Padre *Eterno*, el Príncipe de la *Paz*” (Is 9,5). Y también, hablando más específicamente de lo que El ha hecho por nosotros, “El fruto de la justicia será la *paz*, y el efecto de la equidad, una *seguridad perpetua*” (Is 32,17).

Entonces, como hemos conmemorado durante varias semanas la economía por la cual la rectitud fue restaurada en nosotros, que tuvo lugar en el tiempo, así desde este día en adelante traemos delante de nuestros ojos las infinitas perfecciones de Dios Todopoderoso, y nuestra

esperanza de aquí en más de verlas y gozarlas. Hasta ahora hemos celebrado Sus grandes obras; de aquí en adelante le alabaremos. Ahora, por veinticinco semanas representamos en figura lo que será después. Entramos en nuestro descanso al entrar con El, quien, habiendo actuado y sufrido, ha abierto el reino de los cielos para todos los creyentes. Por medio año nos quedamos quietos, como ocupados solamente en adorarle, y clamar con el Serafín lo que dice el texto: “Santo, Santo, Santo”, continuamente. Todas las providencias de Dios, todas sus obras para con nosotros, todos sus juicios, misericordias, alertas, dictámenes, tienden a la paz y el reposo como su último fin. Todas nuestras tribulaciones y placeres aquí, todas nuestras ansiedades, temores, dudas, dificultades, esperanzas, estímulos, aflicciones, pérdidas, adquisiciones, tienden a este solo camino.

Después de Navidad, Pascua y Pentecostés, viene el domingo de Trinidad, y las semanas que siguen. Del mismo modo, después de las fatigas ansiosas de nuestra alma, del nacimiento del Espíritu, de la prueba y la tentación, del dolor y la pena, de las muertes diarias al mundo, después del diario levantarse hacia la santidad, al final llega ese “descanso que permanece en el pueblo de Dios”. Después de la fiebre de la vida, de la debilidad y la enfermedad, de luchas y desalientos, languidez y enojo, esfuerzo y fracaso, esfuerzo y éxito, después de todos los cambios y oportunidades de este estado atribulado e insano, al final llega la muerte, al final al Trono Blando de Dios, al final la Beatífica Visión. Después de la inquietud viene el descanso, la paz, el gozo, nuestra porción eterna, si somos dignos, la vista de la bendita Trinidad, del solo Santo, la Trinidad que da testimonio en los cielos, en una luz inaccesible, en la gloria sin mancha, en el poder sin “sombra de cambio”. El Padre Dios, el Hijo Dios, y el Espíritu Santo Dios. El Padre Señor, el Hijo Señor, y el Espíritu Santo Señor. El Padre increado, el Hijo increado, el Espíritu Santo increado. El Padre incomprehensible, el Hijo incomprehensible, y el Espíritu Santo incomprehensible. Pues existe una Persona del Padre, otra del hijo y otra del Espíritu Santo, y tal como el Padre es, es el Hijo y el Espíritu Santo. Y sin embargo no hay tres Dioses, no hay tres Señores, ni tres incomprehensibles, ni tres increados, sino un solo Dios, un solo Señor, un solo increado, un solo incomprehensible.

Abordemos, pues, con agradecimiento el contenido del la Fiesta de hoy, y el credo de San Atanasio, como medio de paz, hasta que nos sea dado, si lo obtenemos, ver el rostro de Dios en el cielo. Lo que la visión beatífica nos dará, la contemplación de los misterios revelados nos lo otorga en figura. La doctrina de la Santísima Trinidad ha sido tema de especial contienda entre los que se confiesan seguidores de Cristo. Ha traído la espada sobre la tierra, aunque fue revelada para traer la paz. Y trae la paz a aquellos que la reciben humildemente en la fe. Imploramos a Dios que la bendiga para nosotros, para que sea contemplada rectamente, para que no sea ocasión de contienda sino de culto, no de división sino de unidad, no de recelos sino de amor. Acerquémonos a Aquel de quien nos habla con la confesión en nuestros labios y en nuestro corazón. Miremos hacia adelante, hacia el tiempo en el que este mundo pasará con todos sus engaños, cuando nosotros, cuando cada nacido de mujer deba estar o en el cielo o en infierno. Deseemos escondernos bajo la sombra de Sus alas. Implorémosle que nos de un corazón que entienda, y ese amor a El que es el instinto de la nueva creatura y el hálito de la vida espiritual. Oremos para que nos de el espíritu de obediencia, de verdadero respeto, un espíritu honesto, seriamente establecido para hacer Su voluntad, sin fines secretos, ni proyectos propios egoístas, sin preferir la creatura al Creador, sino abierto, claro, conciente y leal. De manera que El nos conceda, a medida que el tiempo pase, hacer su morada en nosotros. El Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, habitará en nosotros, y estará en nosotros, y Cristo “nos amará y se nos manifestará”, y “el Padre nos amará y vendrá a nosotros, y habitará en nosotros”. Y cuando al fin llegue la hora inevitable, seremos capaces de entregar nuestras almas mansamente, nuestras pecadoras pero redimidas almas, con gran debilidad y temblor, con mucho remordimiento y profunda

confesión, pero con fe firme, y en alegre esperanza, y en calmo amor, a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, el Santo Trino, el Santo Uno, tres Personas, un solo Dios, nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestro Santificador, nuestro Juez.